

la Educación Silenciosa



Alberto Pardo

En este artículo, el autor nos describe muy gráficamente la necesidad imperiosa de incrementar las acciones y programas de interpretación. Nos lo demuestra a partir de un hecho que todos hemos vivido más de una vez: los desafortunados comportamientos que muchas personas tienen en el medio natural.

UN PASEO POR SAN FRUTOS

Hará un año más o menos, me encontraba visitando, por tercera o cuarta vez, no recuerdo muy bien, el enclave de la Ermita de San Frutos, por tierras segovianas, por tierras de buitres leonados, que sobrevolaban en grandes agrupaciones, sobre las cabezas de unos cuantos intrusos como yo. Recordaba –a eso fui en realidad– una visita anterior, muy anterior, la primera que realicé al sitio, y que me impactó hondamente. Yo diría que incluso marcó un cierto tránsito en mi perfil profesional, tránsito que se vió también reforzado por otras visitas, todas ellas igualmente hondas y reflexivas, que realicé a otros lugares de esa provincia tan hermosa. Creo que en aquellos mediados de los ochenta me hice, con los buitres leonados, educador ambiental.

Volviendo a esta mi última cita con San Frutos, que deseo sea el comienzo de este relato de opinión (lo de artículo no me gusta), observé, como tantas veces, la actitud de la gente que por allí deambulaba, pues la gente deambula mucho en todas partes. Y detuve mi observación y mi mirada en un pequeño grupo de jóvenes que, en lo alto del cañón natural y, por supuesto, fuera del camino señalado para los visitantes, se dedicaba a proferir gritos adolescentes a los buitres que anidaban en los riscos del otro lado.

No soy yo, os aseguro, especialista de la Interpretación con mayúsculas, sino que trato más bien de interpretar, con minúsculas

y desde la perspectiva de la educación, las actitudes y los comportamientos de la gente en situaciones como la que estaba viviendo. Las posibles motivaciones, los porqués, los valores, en suma, que les llevan a gritar, bajo todas las formas posibles, a la Naturaleza, en este caso como en muchos. Y esta interpretación la hago no tanto como ejercicio profesional, sino también, confieso, como ejercicio de autocontrol para no arremeter a voces y bastonazos contra los perturbadores, mientras la rabia y otros sentimientos poco edificantes y nada confesables, se van apoderando de mi.



Interpretar desde la perspectiva de la educación, las actitudes y comportamientos. Foto: A. Pardo



Tras la tempestad viene –y esto sí es deformación profesional– la fase de conclusiones y propuestas. El excesivo atracón de congresos y jornadas nos llevan a muchos, y a mi desde luego, a terminar siempre con conclusiones y propuestas, hasta en las situaciones más tontas, que no voy a relataros. En ésta que os relato, concluí una vez más que la educación ambiental a la que trato de dedicarme, junto con tantos colegas, no está sirviendo para nada. Me refiero, o más bien me refería en mi conclusión, a la educación ambiental del gran público, que es la que importa o debería de importar (esta es una cuña publicitaria para el Ministerio de Medio Ambiente y Consejerías). Y de ahí pasé al apartado de propuestas, con una bien contundente (ya os advertí que la rabia es poco edificante): si la gente, o mucha gente, no sabe conducirse en un medio natural, y sobre todo en medios especialmente valiosos, ¿no deberíamos crear una especie de *carnet de acceso* a cualquiera de estos lugares, una vez probada la aptitud del candidato o candidata? ¿Acaso no existe un carnet para conducirse por las carreteras? Por tanto, dada la situación de precariedad y crisis ambiental en la que estamos, la avidez de sensaciones y estímulos de la gente, y su incapacidad manifiesta para conducirse en ciertos lugares de interés patrimonial, ¿no sería razonable una iniciativa de esta índole? ¿Qué pensarían –me dije– las instituciones, de una tal propuesta?

Estoy seguro de que muchos de vosotros y muchas de vosotras os estáis riendo a brazo partido, como yo me reía también minutos más tarde, y mucho más mi acompañante. Imaginarse a la gente enseñando un carnet al personal a cargo de determinados enclaves, como credencial de que no se va a dedicar a provocar a los buitres, u otras fechorías,

no parece muy convincente de momento. Además, tampoco parece que los carnets de conducir coches sirvan de gran cosa, tal como está el patio. No me negaréis, sin embargo, que el trabajo para los que nos dedicamos a la formación en el ámbito de la educación ambiental, o en el de la interpretación del patrimonio, no nos faltaría, preparando a la gente para la obtención de la ansiada credencial.

EL CONSUMO COMO "PRINCIPIO VITAL"

En cualquier caso, y mientras la idea del carnet de aptitud ambiental o patrimonial se va abriendo camino (y de paso dejáis de reiros), de momento me sirve para expresar una preocupación, y para abrir, con ella, este artículo-relato. Y es que no me negaréis que estamos fracasando o, dicho de forma más suave, no estamos acertando en el desarrollo de actitudes positivas en el público visitante de espacios naturales, de museos, de playas, de cámpings... y de cualquier territorio a conquistar. El poder como principio y como valor, que está en la base de muchos comportamientos consumistas y de apropiación indebida, cuando no de destrucción inmediata, aflora también cuando nos hallamos ante cualquier valor patrimonial, como si de una bolsa de patatas fritas se tratara. Nos lo *comemos* con la misma avidez y, si además cruje, el placer es casi orgásmico.

La cuestión del consumo es algo mucho más serio de lo que pensamos. Me refiero al consumo como principio vital, trasladado al ámbito de una cultura que no se concibe a sí misma sin este pilar básico, estructural, asociado tozudamente a su principio de identidad, por encima de la satisfacción de unas necesidades vitales. Si no consumimos, sencillamente, no somos, aunque hayamos comido hace media hora, justo antes de decidir dar una vuelta por la Ermita de San Frutos, o por tantos otros lugares, casi siempre –¿os habéis fijado?– antes o después de comer.

¿Deberíamos crear una especie de carnet de acceso a cualquiera de estos lugares –medios especialmente valiosos– una vez probada la aptitud del candidato o candidata?



El trabajo de los educadores o de los profesionales de la interpretación es grande. Foto: A. Pardo

LA INTERPRETACIÓN: EDUCACIÓN SILENCIOSA

El asunto tiene, por tanto, tal calado antropológico y cultural que su solución no se vislumbra a corto plazo. Sin embargo, tenemos que romper el círculo antes de quedarnos sin buitres leonados. Y aquí entra de lleno el papel enorme que puede jugar la Interpretación con mayúsculas, el papel que, en este caso, no ha sido capaz de jugar la educación ambiental para con el gran públi-



co. Un papel de *educación silenciosa*, que en verdad conecte con el estado de ánimo del visitante, que le haga olvidarse de sí mismo por un momento, que le haga sentir, que le transporte en el más profundo sentido de la palabra, a otros lugares de su propia identidad, lugares abandonados, en una sociedad de abandono.

Dice Gala que *cada cultura se caracteriza –y se diferencia de las otras– por los velos y tamices que coloca entre sus miembros y la realidad, es decir, por la forma en que les impone su percepción y su valoración. Con tales tamices cada cultura uniforma en cierta manera a los seres humanos que le pertenecen, forja su personalidad y hace que se sientan protegidos de la soledad y de la angustia. Sí, pero a costa de ocultarles o falsearles una parte más o menos grande, aunque siempre intencionada, de la autenticidad que les rodea. Porque la verdad no es de nadie: sólo podemos buscarla y descubrirla, no inventarla. Entre nosotros hay quienes se lamentan de que hemos perdido el concepto de los más altos valores.)Podrá decirse que la cultura occidental, a diferencia de la oriental, hoy los ignora? Quizá no. Quizá se trate de una subespecie de cultura bastarda que, por hedonismo, hemos instalado entre nosotros. (Antonio Gala. El País, mayo de 1998)*

El tema es serio, ya os lo advertí. Rompamos el círculo, cambiando los actuales velos y tamices entre las gentes, entre los visitantes, y la realidad, por otros que no oculten la autenticidad de las cosas, y permitan su correcta interpretación. A largo plazo, y a través de esta *educación silenciosa*, nos iremos reinterpretando también a nosotros mismos, recuperando nuestra verdadera identidad y nuestra autenticidad.

Tenemos tarea por delante, y no menos recursos para llevarla a cabo, si queremos aprovecharlos. Muchos han de ser redefinidos, es cierto; otros, redi-



Los beneficios educativos serán enormes si se consigue dar valor al patrimonio. Foto: A. Pardo

Un papel de educación silenciosa, que conecte con el estado de ánimo del visitante, que le haga olvidarse de sí mismo por un momento, que le haga sentir, que le transporte...

ñados en su forma y uso; los menos, consolidados y estudiados como referentes. Los beneficios educativos pueden ser enormes, si conseguimos que el recurso, el patrimonio, tenga más fuerza, más capacidad de persuasión educativa que la tendencia consumista y predatoria de sus visitantes circunstanciales, neutralizándola. Y esto se puede lograr a través de múltiples estrategias, pero sobre todo de una: el propio valor del contexto, su puesta en evidencia a través de una adecuación de los espacios y de los tiempos, de los edificios fijos, de su relación con otros recursos y realidades del entorno.

Un contexto que, a ser posible, hable por sí sólo, con su lenguaje de símbolos, de sugerencias en voz baja, de pistas, de comentarios y de descansos en el momento oportuno. Lenguaje susurrante, que comunique más que informe, y que sugiera más que imponga al visitante unas determinadas normas, unos caminos trazados. Buscar la complicidad de la gente, como única forma de neutralizar su tendencia a la apropiación indebida, producto de una angustia que se expresa –a lo mejor era eso– en un grito desde los riscos de San Frutos.

● **Alberto Pardo de Vera**
Consultor independiente y experto en educación ambiental
Correo-e: pardal@ctv.es

